

Mis primeros momentos el Ministerio empezaron de la manera más inesperada. El 1 de junio de 2018 finalizó la moción de censura con éxito contra el ejecutivo de Mariano Rajoy. Yo, que esperaba una vuelta a Madrid tranquila después de haber estado estudiando en Barcelona desde otoño de 2017 empecé a temer un comienzo de prácticas complicado.

Pronto se diluyó la incertidumbre, por lo menos respecto a lo que nos afectaba a nosotros como becarios ni al proyecto que teníamos encargado, que era el de colaborar en la preparación de la Plataforma de Arquitectura Española del Ministerio. Aún así se produjo una cadena de movimientos fruto directa o indirectamente de la moción de censura de junio que terminó afectando desde el ministro hasta nuestro jefe de Área.

Los primeros meses, sin embargo, no me pude relacionar con los funcionarios de la Subdirección como quería. Al acabar el horario, comía allí y me iba a una biblioteca cercana para preparar el PFC. Dormía poco, y sólo pensaba en la fecha de la presentación que se acercaba.

Una vez acabado el PFC, y con más energía, pude conocer más sobre los trabajadores y la labor de la Subdirección. Los funcionarios con los que más he hablado me sacaban entre cinco y diez años, y su vida y preocupaciones cotidianas eran muy distintas de las mías. Sin embargo, me integraron en su grupo de desayuno, se interesaron por lo que hacía, y gracias a ellos conozco mejor el sector y la labor de los arquitectos funcionarios.

También, en esos meses en que sufría un período de transformación, al poder dormir más de cinco horas diarias, pero también no tener un objetivo tan potente como el PFC comencé a mirar de otra manera a Madrid, que antes no había hecho.



La zona de Nuevos Ministerio siempre me había parecido una zona mediocre en varias decisiones a lo largo de los años de su construcción. Desde el gran edificio de los Ministerios que desvinculaba la ciudad en el eje este-oeste, al puente de Raimundo Fernández Villaverde, pasando por la gran manzana de A.Z.C.A. monofuncional cuyos espacios siempre están sucios y, al menos a mi, siempre me generan inseguridad.

Junto a la posibilidad de tener la mente despejada tuve la suerte de toparme con la novela “Las máscaras del héroe” de Manuel de Prada, que me ayudó a dejar de tener esa visión hostil de la ciudad, ya que desde mi vuelta no paraba de instintivamente sacar los defectos en comparación con Barcelona.

La novela, aunque no se prodiga en descripciones arquitectónicas o urbanísticas de la ciudad sí dejaba entrever una imagen melancólica los habitantes de Madrid entre la generación del 98 hasta el 36. Esa imagen melancólica, que en el presente genera simpatía, era simplemente era el resultado de los sueños fracasados de dejar impronta, de triunfar en el centro de poder que ha sido y es Madrid.

Empecé a vincular esos fracasos de proyectos vitales, con los proyectos construidos que veía cada día camino al Ministerio. Proyectos cuyo idealismo se estrellaba con la realidad, dejando un halo de melancolía, de la melancolía de la huella de un fracaso.

Como las arquerías de Zuazo, las bóvedas del siglo XX, elegantes con su interior de ladrillo. Pero con una continuidad frustrada por el desnivel inexorable de la Castellana.

O el puente, que parece un último reducto del Madrid de los scalextrics.

Pero en cada uno de esas actuaciones se vislumbra un ideal, que no se logró en su momento, pero que ilusionó y que sin ninguna duda fue merecedor de sudor y lágrimas de quienes quisieron llevarlo a término. Ése es el encanto de la zona de Nuevos Ministerios

Quizás es polémico por mi parte, que esa ha sido una de las lecciones aprendidas de este año que más me ha interesado.

